

# El oso y el abuelo Domingo

Víctor Andrés María Ramo





# El oso y el abuelo Domingo

Texto: Víctor Andrés  
Ilustraciones: María Ramo



*Consejo de  
Protección de  
la Naturaleza  
de Aragón*

*Para Hugo, Lucas y Marina*

© Del texto: Víctor Andrés Visus

© De las ilustraciones: María Ramo

Edita: Consejo de Protección de la Naturaleza de Aragón

Edificio Maristas

Plaza San Pedro Nolasco, nº 7, 3ª planta

50071 Zaragoza

Teléfono 976 71 32 43

[cpn@aragon.es](mailto:cpn@aragon.es)

ISBN:

Depósito legal: Z 1819-2017

Diseño y maquetación: Publicomp

Imprime: Huella digital.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, sin permiso previo del editor.

# El oso y el abuelo Domingo

**H**ace muchos, muchos años, yo aún no había nacido, en un perdido valle del Pirineo vivía un oso, un gran oso pardo al que le gustaba mucho la miel, como a todos los osos por otro lado. Dicen que fue el último oso de la Val Estrecha o, al menos, del que se tiene noticias.

Los osos tienen muy buen olfato. Una tarde, olisqueando en todas las direcciones, nuestro oso notó un olor dulce y suave... un aroma irresistible y conocido para él. Provenía de las colmenas que el abuelo Domingo tenía bien protegidas en una zona soleada de la montaña.

El astuto oso esperó a que se hiciera de noche para que nadie le viera acercarse y también para dar tiempo a las abejas a que se fueran a dormir y así evitar sus dolorosas picaduras en el hocico.

Cuando la luna salió de detrás de la montaña nuestro oso sigilosamente se dirigió hacia las colmenas. Anduvo un rato, se detuvo, olfateó en todas las direcciones, moviendo la nariz de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, y siguió andando un poco más.



MR

Cuando estuvo muy cerca de las colmenas, el aroma dulce de la miel era tan intenso y tan irresistible que el oso se volvió un poco loco, perdió su prudencia natural y se abalanzó sobre las colmenas, comiéndose en un santiamén dos panales repletos de riquísima miel.



A la mañana siguiente, como todos los días, el abuelo Domingo fue a ver cómo se encontraban sus abejas, a las que cuidaba con mucho mimo. Al llegar vio horrorizado el fatal espectáculo: las colmenas habían sido saqueadas.

El abuelo Domingo era un avisado cazador y enseguida detectó una enorme huella muy sospechosa grabada en un charco de barro.

¡No hay duda! —dijo el abuelo—, es una huella gigante, más grande que la de mi propia bota, con unas uñas afiladas bien marcadas en el barro. Sin duda es el rastro de un oso muy grande.



A la noche siguiente nuestro amigo el oso goloso volvió a tener hambre, mucha hambre de miel. Tenía tanta hambre como para ir corriendo, sin precaución alguna, a saquear de nuevo las colmenas. Llegó como un elefante en una chatarrería, abrió dos colmenas y devoró otros dos panales enteros. Luego se fue corriendo al bosque, relamiéndose, cual ladrón con su botín, y con la tripa llena de miel.



Esa noche el abuelo Domingo durmió inquieto, tuvo una pesadilla en la que un gigantesco oso destrozaba todo el colmenar, acabando con todas las abejas. Antes de que saliera el sol se levantó de un sobresalto, se vistió tan rápido como pudo, poniéndose las botas sin calcetines ni nada... y salió corriendo a comprobar cómo estaban sus colmenas.



Cuando llego al lugar descubrió horrorizado lo que había vuelto a suceder. ¡Maldición! —gritó el abuelo Domingo— ¡El oso ha abierto otra colmena y se ha comido otros dos panales enteros de miel! Furioso decidió que algo tenía que hacer para terminar con ese oso malvado, de lo contrario acabaría con toda su miel.

El abuelo Domingo pensó y pensó durante todo el día la forma de acabar con el problema. Finalmente ideó un plan genial: ¡haré una trampa para cazar al oso y así, una vez atrapado, acabaré con él de un certero disparo!

El plan consistía en excavar un gran agujero en el suelo, en la única zona de entrada al recinto donde estaban las colmenas. El agujero debía ser lo suficientemente profundo para que el oso no pudiera trepar por sus paredes. Luego pondría un entramado de ramitas finas y las distribuiría por encima del agujero. Finalmente cubriría las ramitas y el acceso a la trampa con hojas secas. De esta forma el oso no podría ver la trampa y al pasar por encima, con su enorme peso, rompería las finas ramas y caería al hoyo. Así lo hizo.



MR

Esa misma noche el oso volvió a la carga, a buscar su ración nocturna de miel. Las nubes tapaban la luna y casi no se veía nada. El oso avanzó despacio hacia las colmenas y se detuvo justo delante de la trampa, intuyendo que alguien había estado ahí. Dudó un instante moviendo la cabeza de lado a lado. ¿Qué hacer?, avanzar hacia la miel o darse media vuelta y desaparecer. Finalmente su glotonería le hizo tomar la decisión errónea. Pasó por encima de la trampa y ¡zas!, un gran crujido de ramas rompió el silencio de la noche y el oso cayó al agujero, con tan mala suerte, que se rompió una de sus patas al caer.

El oso empezó a gruñir desesperado, a llorar por el dolor de su pata rota, a intentar trepar inútilmente por las paredes del profundo socavón...



A la mañana siguiente el abuelo Domingo fue a ver si la trampa había funcionado. Al llegar al lugar enseguida se dio cuenta por los lamentos del oso que, en efecto, lo había capturado. Volvió corriendo a su casa cogió la escopeta y los cartuchos más grandes que tenía y regresó a terminar de un disparo certero con la vida del ladrón de miel.

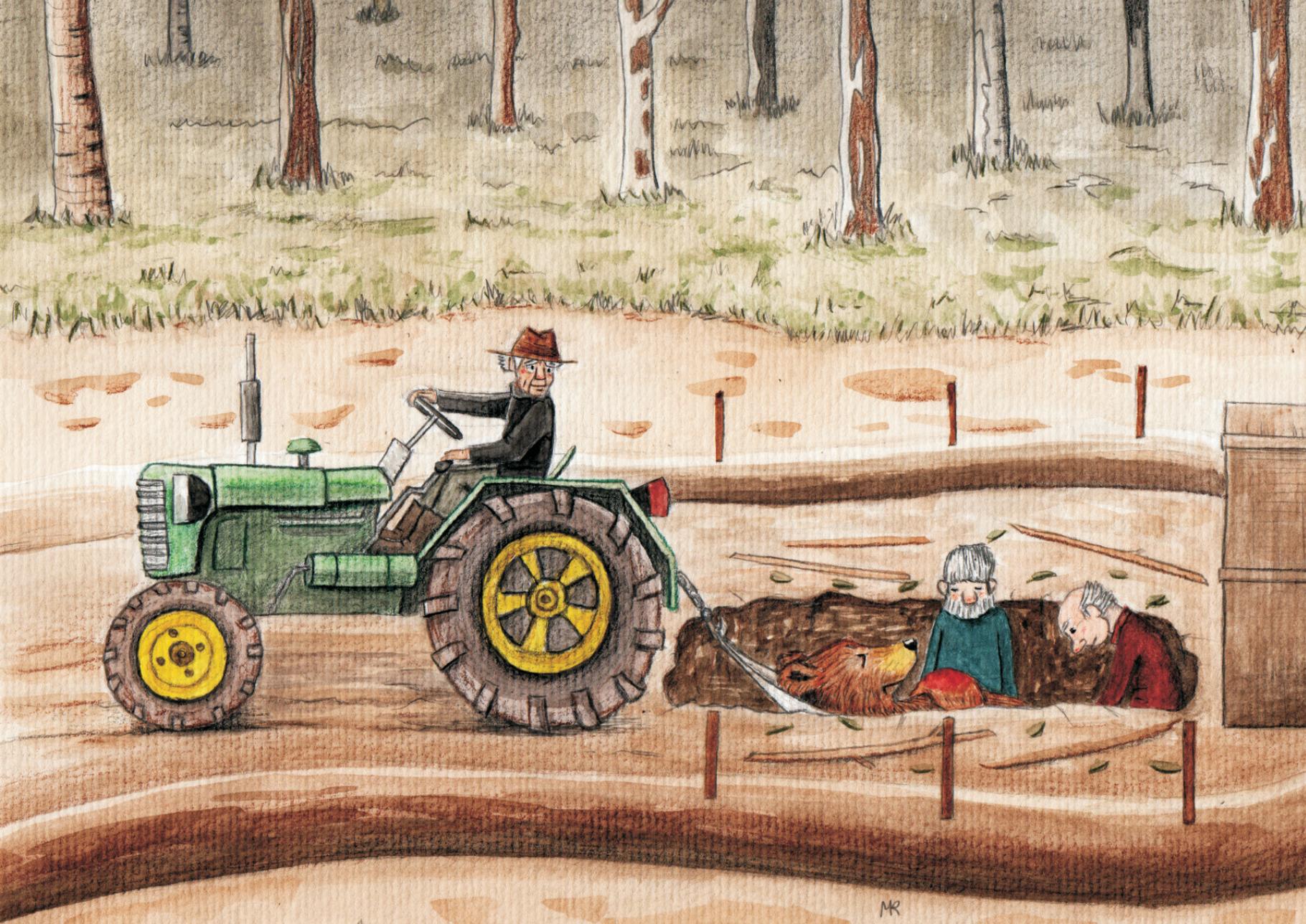
Al asomarse al agujero vio al oso con la pata rota, sufriendo de dolor. Le apuntó con el arma, puso el dedo en el gatillo y... en ese momento el oso alzó la cabeza y se quedó mirando fijamente al abuelo Domingo con una expresión de profunda tristeza. El abuelo dudo un instante, la mirada del oso le conmovió, le dio pena.

¡No me mires así! —le dijo—, ya sé que sólo querías comer miel y ahora estás herido y asustado.



MR

El abuelo Domingo regresó a su casa y cambió los cartuchos normales por un dardo con sedante para dormir osos. Regresó con otros vecinos del pueblo y entre todos durmieron al oso y le sacaron del agujero con la ayuda de un tractor. Llamaron al veterinario y le entablillaron la pata rota, dejándolo descansar en un corral cerrado que tenía el abuelo en su casa.



Durante los siguientes días el abuelo Domingo llevó comida y agua al oso para que este se recuperara de su herida. Pero el oso no comió nada, ni bebió agua... así pasó días y días y el abuelo cada vez estaba más preocupado.



Una mañana ocurrió algo realmente extraordinario. El abuelo Domingo, “desesperado por la salud del animal”, decidió hacer algo muy peligroso. Entró en el corral y se sentó tranquilamente cerca del oso. Este se le quedó mirando un poco desconcertado. No sabía bien qué hacer, si gruñir o salir corriendo.

El abuelo sacó de su bolsillo su navaja, una manzana y un tarro de miel. Partió la manzana en dos, untó una mitad con un poco de miel y se la comió a grandes mordiscos. El oso por fin levantó la cabeza y olisqueó el aire... ¡hum!, la miel era irresistible para él. Se acercó un poco al abuelo Domingo y se sentó a su lado, esperando a que algo sucediera. El abuelo cogió la otra mitad de la manzana, la embadurnó con miel y se la puso al lado. Acto seguido nuestro oso la cogió con sus dos grandes zarpas y se la zampó de un solo bocado.

Sin duda este fue el inicio de una amistad que duraría para siempre.



MR

A partir de ese día el oso empezó a comer bien y muy pronto se recuperó del todo. El abuelo Domingo entraba todos los días al corral y juntos pasaban un buen rato sentados en silencio, el uno al lado del otro. A veces el oso le daba una palmada con su brazo y el abuelo recostaba su cabeza en el cuerpo del animal.



MR

Llegó el mes de octubre y el abuelo decidió que ya era hora de que el oso fuera libre de nuevo, pero antes de despedirse le dijo:

–Mira oso, a partir de ahora tú cuidarás de las colmenas para que ningún otro animal se coma la miel y a cambio compartiré contigo la miel que las abejas nos regalen cada año.

El oso se le quedó mirando, movió la cabeza de arriba abajo y gruñó en señal de acuerdo.

Así, nuestro oso volvió a su bosque, que en esa época del año estaba lleno de bellotas, moras y setas.



MR

Durante los siguientes años ambos amigos se siguieron viendo. El abuelo iba al bosque y llamaba al oso, que rápidamente aparecía. Se sentaban juntos y compartían unas manzanas o un puñado de nueces y a veces un gran trozo de panal de abeja repleto de rica miel.



MR

Un buen día el oso desapareció y el abuelo Domingo ya no volvió a contar nada más sobre él. Algunos dicen que debió morir de viejo, pero yo siempre he pensado que se debió ir con una osa a vivir a los bosques de la Peña Oroel y a fundar su propia familia. El abuelo nunca me llegó a decir qué le pasó finalmente al oso, pero siempre que contaba el final de esta historia una sonrisa iluminaba su cara... ¡Yo creo que se seguían viendo a escondidas...!







